

008. San Benito.

Si nos ponemos a buscar en las páginas de la Historia de la Iglesia al hombre más influyente que hubo en la Edad Media, no encontraremos ninguno como Benito de Nursia: San Benito Abad. Lo que la Iglesia y la civilización occidental deben a este Santo no tiene ponderación. Benito es un hombre que se retira de la vida pública, se esconde en un monasterio fundado por él mismo, da una regla muy sencilla a sus monjes, y les propone un principio tan simple como éste: *Reza y trabaja...* Ahí está todo.

Para entender a Benito hay que tener presente el momento histórico en que vive.

La Iglesia ha penetrado todas las capas del Imperio Romano y es religión oficial del Estado. Ha tenido las grandes figuras de los Santos Padres, como Basilio y Juan Crisóstomo, Ambrosio y Agustín, y ha celebrado los Concilios que han fijado el dogma de las verdades reveladas por Dios. Todo era esplendor para la Iglesia, cuando se echan sobre el Imperio durante el siglo quinto las tribus bárbaras del norte.

Ostrogodos, hunos, vándalos... han saqueado, incendiado y destruido todo. No queda ciudad en pie y toda Europa es una desolación. Los nuevos dueños son el revés de los romanos. Los romanos eran trabajadores, ordenados, pensadores, literatos, artistas. Los bárbaros son haraganes, incultos, no saben trabajar y valen únicamente para la guerra en la son unas fieras. ¿Quién transformará a estos pueblos, quién los civilizará, quién les transmitirá la fe católica y quién salvará la inapreciable cultura griega y romana?...

Dios, el dueño de la Historia, interviene de modo providencial. Hacia el año 480 nace Benito en la tierra de Nursia, no lejos de Roma, donde pasa su juventud y se instruye en las letras clásicas. Muy joven aún, se retira a la soledad para darse intensamente a la oración. Con frase famosa se ha descrito su vida: *Vivía consigo mismo*. No tenía más supervisor de su vida que Dios.

Pero unos monjes lo invitan para que ingrese en su monasterio y sea su Abad. Benito acepta, pues ve que eso de vivir solo no es lo mejor. En este monasterio se va a formar Benito para su destino futuro y definitivo. Siendo su Abad, acoge a todos sin distinción: romanos y bárbaros, ricos y pobres, sabios e ignorantes. Todo el que quiera servir a Dios en la oración y en el trabajo tiene cabida allí. Acepta a niños que le encomiendan las familias como una ofrenda.

Entre ellos le vienen dos joyas, que son Plácido y Mauro. Benito los requetequiere, como decimos.

Un día sale con ellos y los dos muchachitos hacen una cerca de piedras, entre las cuales hace brotar Benito milagrosamente el agua que necesita el monasterio.

Otro día, Plácido se va al fondo del lago. Y Benito le ordena a Mauro: *¡Corre! ¡Baja al fondo del agua, y saca a tu compañero!* Mauro obedece, y Mauro que trae a Plácido sano y salvo agarrado de la mano...

Todo va muy bien. Pero el demonio le está haciendo a Benito continuamente jugadas muy feas. Se sirve de unos monjes envidiosos para eliminar de una vez al joven y santo Abad. Le ponen en el comedor vino envenenado, y al dar Benito la bendición, se rompe la jarra y se desparrama el licor asesino...

Pero Benito ve en todas estas jugarretas del enemigo —que se sirve de los monjes descontentos—, la mano amorosa de Dios que lo quiere llevar a otra parte. Con su caballerosidad de siempre, y sin ningún resentimiento, se despide de la comunidad y, con

unos cuantos más fieles, emprende el camino hacia el sur, hasta que llegan a una montaña espléndida, Montecasino, que Benito y sus monjes harán inmortal.

Aquí todo es trabajo y oración desde un principio. Benito, como buen romano, sabe legislar, organizar, mandar. Y escribe la Regla, esa norma de vida basada en el Evangelio, y que será la guía espiritual de innumerables monasterios en los siglos por venir. Es la Regla de San Benito, suave, comprensiva, benigna, cargada de sentido común y de caridad, y que se resume en unos puntos centrales.

La **Oración**, ante todo. La Oración para Benito es lo que él llama el OPUS DEI, la *Obra de Dios* por excelencia en el servicio divino. Esa Oración que siempre va precedida y acompañada por la *Lectio Divina*, la lectura asidua de la Palabra de Dios en la Biblia, en la que los benedictinos son unos expertos. El culto en un monasterio benedictino ha de hacer pasar un rato de cielo a todos los asistentes.

El **Trabajo** es el otro puntal de la espiritualidad de Benito. El monasterio es una colmena. Se trabaja constantemente. El paso de la oración al trabajo y del trabajo a la oración resume el día entero. El monje benedictino trabajaba los campos para ganarse la vida por sí mismo. Y para enseñar a los holgazanes bárbaros, que no debían contentarse con recibir limosna perezosamente. Se trabajaba en códices y libros, de modo que el benedictino es quien salvó los tesoros de la civilización antigua, con paciencia que ya se llama así, *paciencia benedictina*, porque al monje en el monasterio no le corre el tiempo y consigue todo...

La **Hospitalidad** tiene una importancia capital. Al que viene al monasterio —para orar, para pedir, para buscar un consejo, para alojarse— hay que acogerlo como al mismo Jesucristo.

Y finalmente, el **Apostolado** en medio de la actividad monacal. Apostolado el de Benito que se resume en enseñar. Las escuelas de los monasterios educaron a la Europa de la Edad Media.

Con su **Reza y trabaja** como lema de vida, Benito ha sido el hombre más influyente de la Iglesia y de la civilización occidental. Igual que ha influido con su espíritu de libertad evangélica. Un día contempla, paseando por el bosque, a un monje que se había atado al árbol con una cadena para no poderse escapar y volver a la vida que había abandonado. Y Benito, con mansedumbre inigualable, le dice: *Si eres siervo de Dios, que no te ate una cadena de hierro, sino la cadena de Cristo.*

Ésta fue la vida compleja y a la vez sencilla de Benito, llena de encantos, de luchas con el demonio, de oración y trabajo, de apostolado silencioso e incansable. ¡El patriarca San Benito!...